

MÜNKLER, Herfried. *Marx, Wagner, Nietzsche: Welt im Umbruch*. Berlin: Rowohlt Berlin Verlag, 2021, 720 pp.

Con frecuencia se nombran tríadas destacadas para señalar tendencias que caracterizan una determinada época. Stefan Zweig, por ofrecer algún ejemplo, consideró a Hölderlin, Kleist y Nietzsche los espíritus cimeros del siglo XIX y Thomas Mann vio en Schopenhauer, Nietzsche y Freud los pilares de la modernidad europea. En otras ocasiones Freud es reemplazado por Goethe o por Wagner o se sustituye a Schopenhauer por uno de estos dos. Para Paul Ricoeur, Karl Marx, Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud son, como es sabido, los maestros de la sospecha, categoría con la que se refiere a su actitud crítica hacia los fundamentos indudables de la filosofía cartesiana. El politólogo Herfried Münkler presenta en su estudio *Marx, Wagner, Nietzsche: el mundo en transición* una nueva propuesta que llama la atención sobre todo porque en la combinación entre Richard Wagner y Friedrich Nietzsche Karl Marx resulta un elemento disímil.

Por supuesto, la vida cambió radicalmente durante el largo (Hobsbawm) siglo XIX. Los que vivieron el año 1800 no habrían reconocido su mundo en 1900 a causa de la vertiginosa velocidad con la que progresó la revolución industrial y tecnológica, pero también, evidentemente, por la influencia de pensadores como Richard Wagner,

Karl Marx y Friedrich Nietzsche, que participaron de forma decisiva en la agitación que caracterizó ese siglo en su último tercio. Unos más, otro menos. Las consecuencias del pensamiento de Nietzsche tuvieron efecto más tarde, y los méritos de Wagner son probablemente los menos destacados entre las aportaciones de los tres, y, muy a pesar de él, se limitan a cuestiones culturales (que, evidentemente, durante el nacionalsocialismo, alcanzan lo político). Marx, mirando hacia el siglo XX, ha sido sin duda el más influyente entre ellos.

El libro en un principio no está concebido como una comparación, sino más bien como una yuxtaposición entre los tres colosos. O ni siquiera, ya que el autor en varias ocasiones insiste en las discrepancias entre Wagner, Marx y Nietzsche y tan solo pretende demostrar que «sus antagonismos y contradicciones conducen al corazón del desarrollo de la cultura alemana» (solapa). Sin embargo, más que divergencias se buscan correspondencias entre los tres intelectuales como si fuesen necesarias para justificar el cometido. Y las conexiones en muchos casos terminan en acercamientos y en comparaciones.

Las comparaciones encierran muchos peligros relacionados con la cuestión de la comparabilidad. ¿Son comparables los tres tan solo porque son corresponsables de las radicalizaciones del siglo XX cuando tanto en su visión global como

en lo que los movió eran tan distintos? Es verdad que Münkler nos descubre detalles coincidentes aparentemente sorprendentes, pero a la vez observamos un problema de precisión en la visión, y el contorno del objeto de la comparación corre el riesgo de perder su nitidez. Eso lleva en algunas ocasiones a simplificaciones. En este sentido, lo espinoso de este libro es que los paralelismos no convencen. A menudo parecen artificiosamente contruidos e incluso obsesivos, y contribuyen poco a iluminar la incubación de la modernidad, si es que de eso se trata. Hablamos del marxismo, pero términos como nietzscheanismo o wagnerismo (p. 604) no están al mismo nivel.

Ya en el segundo capítulo, que trata del interés de los tres por la Antigüedad clásica, es evidente que, siendo ellos hijos de su época, fueron educados en la historia y la filosofía del mundo griego y romano. ¿Quién entre los intelectuales del siglo XIX, científicos, artistas y políticos incluidos, no fue educado en los valores humanistas y militares a la vez de la Antigüedad clásica? El propio Marx se doctoró en 1841 con un trabajo sobre la diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro. Epistemológicamente, Grecia y Roma eran los puntos de referencia para todas las disciplinas y esta coincidencia no es sorprendente. Münkler, sin embargo, nos la presenta como tal.

Entre los temas que Münkler repasa en los nueve capítulos, y que se pueden resumir en los grandes bloques de nación, religión y sociedad, el más interesante quizá es el octavo, en el que analiza las relaciones de los tres personajes con el judaísmo y el antisemitismo. Marx era judío, pero, como tantos burgueses que sufrieron la discriminación antisemita, su familia se convirtió al protestantismo. En su escrito *Zur Judenfrage*, de 1843, convierte la cuestión de la emancipación de los judíos en Alemania en una cuestión de emancipación social, y Münkler demuestra de forma detallada que el terreno que pisa Marx es muy resbaladizo, porque el ensayo puede ser considerado desde la perspectiva actual el primer documento del antisemitismo de la izquierda. Aun así nada tiene que ver con lo que emprende Wagner desde el resentimiento en su panfleto antisemita *Das Judentum in der Musik* de 1850. Wagner era antisemita, Marx no. Münkler no pretende demostrar lo contrario, pero el acercamiento entre los dos pone en riesgo una clara diferenciación. El caso de Nietzsche es más complejo, Münkler no niega la defensa del judaísmo por parte del filósofo de Röcken. Pero la necesidad de la interconexión, en este caso la tesis de que Nietzsche defendió un antisemitismo cada vez más militante como reacción contra Wagner, demuestra de nuevo el error en la concepción del libro que lleva a las simplificaciones ya mencionadas.

Consideraciones sobre la religión son recurrentes en el libro. Es conocida la tesis de que los tres personajes intentaron fundar religiones alternativas al cristianismo (capítulo 5), pero de nuevo chirría hablar del marxismo (ateísmo) y del nihilismo como grandes propuestas que entran con mucha fuerza en el siglo XX, a la vez que de la insinuación de Wagner de una nueva religión. La presenta en su última ópera, *Parsifal*, en la que el protagonista es estilizado como un nuevo salvador, ahora no de origen judío y humilde, sino como caballero germano y nuevo líder de los caballeros del Santo Grial. Es difícil, y está condenado al fracaso, el intento de vincular en un solo contexto grandes sistemas con impactos más que reales y la imaginación de un compositor romántico, sin duda genial, pero a la vez bastante delirante.

Desde el punto de vista de los estudios literarios interesa sobre todo el capítulo seis, titulado «Análisis y narración». Es cierto que Marx, con su argumentación sistemática, se ubica en un extremo del pensamiento, mientras que Nietzsche, como negacionista de cualquier sistema, en el otro. El más literario entre ellos fue sin duda Wagner, aunque de Nietzsche conocemos más de 800 poemas y, por su estilo y dicción, el *Zaratustra* marca un antes y un después en la literatura en lengua alemana. Münkler busca el denominador común en el mito. Como tal considera Zaratustra y lo

acerca a la reinterpretación wagneriana de los mitos germánicos. Más difícil es integrar a Marx en este capítulo, y lo intenta a través de la figura de Prometeo (relacionado con el progreso de la humanidad). Pero nos quedamos de nuevo con la impresión de una construcción artificial en el planteamiento del libro. Una vez más hace falta un esfuerzo para aceptar los paralelismos entre la idea del mito de los tres y Münkler fuerza las diferencias llegando a la creación del concepto de lo prometeo-dionisiaco (p. 335). Y cuando falla Marx, recurre a Engels, quien demostró cierto interés por la figura histórica de Siegfried, el Prometeo de Wagner, que, sin embargo, no aparece en Nietzsche.

Las consideraciones más interesantes se encuentran cuando Münkler reúne a Marx, Wagner y Nietzsche bajo la etiqueta de revolucionarios. Cada uno lo ha sido a su manera, Marx fue el revolucionario de la política en los Estados, Wagner el de la estética en la música y Nietzsche el de la revalorización de todos los valores. Este paraguas común tampoco es muy original, parece retomado del ya mencionado Ricoeur, para quien Marx, Nietzsche y Freud afirman que el sujeto, recién nacido, no se construye a sí mismo, sino que es resultado de condicionantes históricos y sociales (Marx), morales (Nietzsche) y psíquicos (Freud). Quizá en este contexto resulta esclarecedor que los tres personajes que trata Münkler admiraron

a Napoleón como figura prometeica, es decir, como creador y agente de cambio con un final trágico.

El libro es entretenido, está escrito de una forma accesible y, aunque docto, la dicción académica no resulta farragosa. Está lleno de información interesante que en algunas ocasiones resulta incluso sorprendente. Lo discutible, a lo que ya hemos aludido más arriba, se puede corroborar a través de un pequeño artículo de 1967 titulado «Marx,

Nietzsche, Freud» en el que Michel Foucault considera a estos tres pensadores los fundadores de la hermenéutica moderna porque a partir de sus métodos y de los sistemas que crearon, las interpretaciones son inacabables, no hay sino interpretaciones. Y en este sentido el presente estudio es una más, y seguramente no de las más convincentes.

Arno GIMBER

*Universidad Complutense de Madrid*

